

I.3. SIGNOS DE MADUREZ

A todos nos gusta que nos consideren maduros. Los adolescentes ambicionan con todas sus fuerzas, además de ser aceptados por sus compañeros, que se les consideren maduros.

La madurez es un valor universal, algo que todos desean por la imagen que expresa: "Soy maduro, soy independiente, sé pensar por mí mismo".

Por lo general, asociamos la madurez con la edad (a mayor edad, mayor madurez). La edad, es cierto, tiene algo que ver con la madurez (nuestro desarrollo psicológico, intelectual, físico y espiritual se va verificando con el pasar del tiempo). Sin embargo, la edad no es el factor determinante. Hay octogenarios irresponsables, como hay muchachos maduros de catorce años. Cuando es así, en vez de un hombre maduro, tenemos un adolescente con toda la apariencia exterior de un adulto.

La madurez humana, en su sentido pleno, consiste en la armonía de la persona. Más que una cualidad aislada, es un estado que consiste en la integración de diversas cualidades; la suma de varios valores.

La Diferencia Niño - Adulto

Los conceptos suelen verse con mayor claridad cuando se comparan con sus contrarios. Para aclarar lo que hemos dicho hasta aquí sobre la madurez, podemos presentar el concepto opuesto: "la niñez".

El proceso de maduración humana, no es otra cosa que el paso de la niñez a la edad adulta. Al escribir a los corintios, Pablo reflexionó sobre este proceso en su propia vida: "Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño" (1Cor 13.11). Y luego añadirá una distinción: "No seáis niños en el modo de pensar, sino sed niños en la malicia, pero maduros en el modo de pensar" (1Cor 14.20).

Ser como un niño no es malo en sí. En numerosas ocasiones, Cristo exhortó a sus discípulos a ser "como niños", al grado de poner esto como condición para entrar en el Reino: "De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos" (Mat 18.3).

Es que la palabra "niño" tiene dos connotaciones radicalmente distintas. En un sentido, ser "como niño" significa ser sencillo, confiado, inocente y espontáneo (las notas positivas de la niñez). En este sentido, hemos de empeñarnos en ser como niños. Pero, ser "niño", en otro sentido, significa ser caprichoso, egoísta e ingenuo (en una palabra, inmaduro).

Tal vez si comparamos diez pares de características contrastantes, podremos precisar mejor el significado de la madurez. El primer término de cada par se asocia a la niñez (inmadurez) y el segundo a la madurez.

1. Superficialidad vs. Profundidad

Superficialidad significa fijarse en lo externo sin penetrar en la esencia de las cosas. Una persona superficial se interesa más por las apariencias que por la realidad.

Los niños tienden a ser superficiales. Un niño vive de cada instante; su vida es un sucederse de experiencias y descubrimientos, uno tras otro. Cuando termina una aventura ya está empezando una nueva. No alcanza a ver bajo la superficie el hilo conductor de los acontecimientos o el significado más profundo de sus experiencias. Se contenta con tomar las cosas como vienen. Esta superficialidad es el origen de esa mirada inocente que lo caracteriza, pero también es la causa de su modo de juzgar basado en apariencias y primeras impresiones. Los niños son excelentes observadores, pero no suelen ser tan buenos para interpretar las palabras y las acciones de los demás.

Una persona madura se caracteriza por su profundidad. Busca el significado detrás de la información; busca la realidad detrás de las apariencias. Este interés por llegar al fondo de las cosas le permite juzgar correctamente sobre las personas, los acontecimientos y las ideas. Dejarnos guiar por los rostros de las personas cuando cantan, nos puede llevar a interpretaciones no acertadas. La "realidad" es algo mucho más amplio que las cosas visibles o lo que podemos percibir con nuestros sentidos. No hay ninguna razón para suponer que lo invisible es necesariamente menos real que lo visible. Detrás de ciertas acciones y acontecimientos hay realidades espirituales que deberemos interpretar. Pablo hace esta diferencia entre superficialidad y profundidad cuando escribe: "El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente" (1Cor 2.14).

2. Impulsividad vs. Reflexión

Un efecto de la superficialidad es la impetuosidad. Dado que una persona superficial percibe sólo las apariencias inmediatas, no es capaz de ver las consecuencias de sus acciones. Actúa sin pensarlo.

A la impulsividad se le opone la reflexión: el hábito de pensar antes de actuar. La persona madura no suele lamentarse de sus decisiones, pues suele pensar y medir las consecuencias de sus acciones. Y esto vale para todo, desde si conviene o no agregar una canción; cuándo incluir a una persona nueva en el grupo; o si es necesario pedir disculpas aunque tengamos la razón.

Ahora bien, reflexión no significa indecisión. Nunca podremos tener una seguridad total, ni tampoco es posible tomar en consideración todos los factores y posibles consecuencias de nuestros actos. La prudencia es equilibrio. La reflexión entra en juego tanto al hablar como al actuar. ¡Cuánto lastiman las palabras duras y los comentarios desconsiderados, sin haberlos pensado antes! Como escribía Santiago: “Porque todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto (maduro), capaz también de refrenar todo el cuerpo” (Sant 3.2).

3. Inestabilidad vs. Constancia

Los sentimientos son volubles. Si dejamos que ellos tomen las riendas de nuestras decisiones, terminaremos siendo inconstantes. Es una de las características más típicas de los niños: no pueden entretenerse por mucho tiempo en una cosa. El niño empieza a armar un rompecabezas, y a los cinco minutos ya está harto; va entonces a jugar con el cochecito..., hasta que encuentra el monedero de mamá, tan atractivo para su espíritu explorador. No hay ningún principio que dé continuidad a lo que hace.

Un adulto inmaduro suelen ofrecer un cuadro parecido. Le falta constancia y tenacidad para realizar sus proyectos hasta concluirlos del todo. La persona que es así, difícilmente conserva un trabajo; no se merece la confianza, ya que no se sabe si hará o no lo que se le encarga. Necesita que alguien esté por detrás para supervisar su trabajo y evitar que se meta en problemas; pues sus antojos pasajeros fácilmente lo sacan de la ruta.

Sólo una persona verdaderamente libre es capaz de comprometerse y de ser fiel a la palabra dada. Si uno es maduro, puede tomar decisiones responsables sin tener que arrepentirse. La responsabilidad, además, da estabilidad a la propia vida. Cuando una persona madura toma una decisión importante en la vida, no se pasa años enteros replanteando su decisión; sino que puede recordarse: “Yo sabía que no todo iba a ser fácil; sabía que vendrían dificultades y sacrificios, y aun así determiné que valía la pena hacerlo. Ahora lo que cuenta es la fidelidad”. Viendo así las cosas, nos libramos de los altibajos del buen o mal humor.

La constancia implica autodisciplina. Cualquier actividad, por interesante que parezca, produce inevitablemente cierto hastío; de ahí la facilidad con que muchos nos dejamos llevar por las distracciones o dejamos el trabajo a medias. Una persona madura, en cambio, jamás deja algo sin acabar, salvo en casos de verdadera necesidad; “obra comenzada, obra terminada”. La fábula de la liebre y la tortuga, es un testimonio del valor de la perseverancia. Más vale despacio, pero seguro. Jesús dijo: “Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar.” (Luc 14.28-30).

4. Sentimentalismo vs. Carácter

Los sentimientos dependen de los estados anímicos, de las impresiones y sensaciones; el carácter, en cambio, se basa en principios y en una voluntad firme.

Los niños suelen dejarse llevar por sus sentimientos y deseos del momento. No necesitan que nadie les diga: “Si te gusta, hazlo”, pues les brota espontáneamente. El sentimiento y la espontaneidad llevan la voz de mando en ellos.

Una persona inmadura es como una hoja seca llevada por el viento, sin una orientación fija. ¿Alguna vez has visto una hoja seca llevada por el viento? En un instante el viento la levanta y la deposita a tus pies; pero unos segundos después, el viento la deposita en un charco de aguas negras. La persona inmadura corre una suerte parecida, pues está a merced de sus impredecibles sentimientos.

En una persona madura, la razón y la voluntad gobiernan sobre los sentimientos y los estados de ánimo. Por eso es capaz de actuar en un determinado modo aunque los sentimientos sean contrarios. Esto no significa que debamos rechazar las emociones o reprimir ciegamente los sentimientos. No se trata de elegir entre razón o sentimientos, sino de determinar quién ha de gobernar. No debemos ponderar la razón y reprimir los sentimientos; hay que armonizarlos. Los principios han de situarse por encima de los sentimientos.

Quizá esto pueda parecer una agresión contra la “espontaneidad”. En nuestro tiempo se valora mucho la capacidad de adaptarse y saber improvisar. Sin embargo, la espontaneidad no siempre es ventajosa. En una charla informal o en un momento de descanso, algo de espontaneidad no viene mal. Pero no es recomendable salirnos del programa de canciones porque no veamos a las personas muy animadas en la reunión. Si “hemos transitado el camino” personal o grupal de la alabanza y adoración a Dios en nuestros ensayos, esa es nuestra hoja de ruta.

5. Satisfacción inmediata vs. Capacidad de Sacrificio

El mundo del niño es el presente; de ahí su natural impaciencia. No sólo quiere una galleta, sino que la quiere ahora. Decir a un niño que deberá esperar antes de salir a jugar es como decirle que no podrá jugar nunca más. Puesto que vive de sensaciones, un niño no tiene perspectiva de futuro, ni es capaz de planear el porvenir. Por eso es tan saludable enseñarle a meter su dinero en una hucha (alcancía). Así se va preparando para su vida adulta.

La persona madura actúa según su deber, por encima de los gustos o antojos del momento. El sacrificio nunca ha sido popular. Cuando Jesús anunció a sus discípulos: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame" (Mat 16.24), seguramente los discípulos no pudieron evitar retorcerse un poco bajo la túnica. Ningún sacrificio es agradable.

El sacrificio sólo tiene valor en tres casos y las personas maduras saben reconocerlos.

- (1) Como medio para alcanzar un objetivo. Toda elección conlleva una renuncia. Dejamos de lado un bien determinado, pero sólo porque así podemos obtener uno mejor.
- (2) Como ejercicio para formar un hábito. Algunas cualidades sólo se pueden adquirir con la práctica. La fuerza de voluntad es una de ellas. Un libro puede enseñarnos las principales técnicas para cantar pero después habrá que practicar durante largas horas.
- (3) Como acto de amor. Cuando uno se sacrifica por otro, es como si le dijera: "Mira, te quiero más que a mí mismo". Todo regalo es un tipo de sacrificio, algo de nosotros mismos que ofrecemos a los demás.

Sobreponernos a nuestros temores o incapacidades y llevar a cabo acciones costosas nos abre el camino hacia la máxima realización de nuestras potencialidades. David, el dulce cantor de Israel, a la hora de ofrecer un sacrificio, dijo: "...por precio te lo compraré; porque no ofreceré a Jehová mi Dios holocaustos que no me cuesten nada" (2Sam 24.24).

6. Autoestima exagerada vs. Humildad

Los niños suelen irse a los extremos. A veces son impetuosos y a veces excesivamente cautos. No han adquirido aún una perspectiva realista de sus capacidades y de sus límites. Esto mismo les ocurre a las personas inmaduras que nunca se ajustan completamente a la realidad. La humildad consiste en conocerse y aceptarse a uno mismo, con las propias cualidades y limitaciones. Se es humilde cuando se tiene una mirada objetiva de uno mismo, sin creerse más ni sentirse menos de lo que se es en realidad. Para poder alcanzar esto o aquello, es preciso conocerse con honestidad.

Quien es humilde, a su vez, es capaz de reconocer el valor de los demás. Se siente lo suficientemente seguro de sí mismo como para apreciar la riqueza de ciertas tradiciones, y no exagera el valor de la propia «creatividad».

La "auto-expresión", que no valora las expresiones de otras personas, en muchos casos es una muestra más de orgullo exagerado. Decir que todo lo pasado fue malo y que ahora nosotros tenemos lo que realmente vale, es un gran error. El apóstol Pablo nos indica: "El que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña. Así que, cada uno someta a prueba su propia obra, y entonces tendrá motivo de gloriarse sólo respecto de sí mismo, y no en otro"(Gal 6.3-4).

7. Subjetivismo vs. Objetividad

Los niños suelen tener una visión demasiado subjetiva de sí mismos y de lo que les rodea. El mundo de un niño suele ser muy pequeño. Para él no existe más realidad que su experiencia personal y la impresión que le producen las cosas. A medida que crece, el niño debe ir aprendiendo a ser más objetivo a la hora de evaluar diversas situaciones. Este hábito, juntamente con la reflexión, le librarán de la precipitación al juzgar.

Las personas maduras suelen entrar en el núcleo de las cosas y, después de apreciar los diversos factores, son capaces de hacer una evaluación justa y equilibrada. Esto es particularmente necesario cuando se trata de las relaciones con los demás. Es preferible dudar antes que condenar tajantemente palabras o actuaciones. Bien puede valer como lema para nuestras relaciones con los demás: "Creer todo el bien que se oye; y creer sólo el mal que se ve".

Otra faceta de la objetividad es la capacidad para ver las cosas desde otra perspectiva. Es cierto que no resulta fácil abandonar nuestros prejuicios o las opiniones que hemos sostenido por mucho tiempo para valorar otras posiciones y puntos de vista, pero éste es un camino que nos libra del subjetivismo y nos hace más imparciales a la hora de juzgar.

8. Extremismo vs. Equilibrio

Los niños suelen ser muy ágiles para pronunciar juicios categóricos: o es blanco, o es negro; o es bueno o es malo. La realidad no es así de nítida. Desafortunadamente, esta costumbre infantil de etiquetar a las personas y las cosas se convierte fácilmente en vicio para el resto de la vida. La madurez, en cambio, nos lleva a descubrir el lado bueno de toda situación y a pasar por alto los defectos. Puesto que la madurez es armonía, la persona

madura sabe discernir lo que es importante y lo que puede pasar a segundo plano; entre lo que es necesario y lo que es urgente.

No necesariamente debemos transitar entre dos extremos. Así, por ejemplo, la valentía está en medio entre la cobardía y la imprudencia. El cobarde huye del peligro; el imprudente se mete de cabeza en él. El valiente afronta el peligro cuando es necesario, sin cohibirse por el miedo.

Es importante, sin embargo, no confundir este equilibrio con la mediocridad. Buscar el justo medio no equivale a pactar con la tibieza. Una persona madura pone el énfasis donde corresponde: en lo que es más importante en ese momento.

9. Egoísmo vs. Apertura

Los niños pequeños creen que ellos son el centro del universo. Todo gira alrededor de sus necesidades y deseos, y no son capaces de anteponer los intereses de los demás a los suyos propios.

El egoísmo es otro rostro de la inmadurez. La persona inmadura se encuentra tan ocupada en sí misma y en lo que le interesa que le resulta difícil pensar en los demás, comprenderlos, compadecerse de sus sufrimientos o compartir sus alegrías. En el grupo de alabanza, no cantamos para agradarnos a nosotros sino para ayudar a otros en la búsqueda de Dios. ¿Con qué estilo musical? ¿Con qué letras? ¿Las que me gusten a mí? ¿Al grupo? ¿O las que ayuden más?

La madurez se caracteriza por la apertura y la sincera preocupación por los demás; es una disposición habitual de olvido de uno mismo para poner a los demás en el primer lugar. Jesús dijo de sí: “El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mat 20.28).

10. Dependencia vs. Independencia

Los niños suelen pasar por períodos de inseguridad y necesitan que los demás los acepten. Es natural de esa edad; pero sería catastrófico arrastrar esta inseguridad toda la vida. La persona inmadura se preocupa demasiado por lo que los demás puedan pensar o decir de él; no posee la fortaleza necesaria para mantenerse firme en sus principios. Así, termina por actuar de modos muy diversos según se encuentre solo o con sus amigos o con otras personas.

La persona madura, en cambio, es consistente y actúa del mismo modo, sea que esté sola, sea que esté con otras personas. La autenticidad es una tarea fundamental de nuestra vida, y sólo se logra a través de la coherencia entre lo que hacemos y lo que somos.

La independencia también tiene el matiz de evaluar el ambiente que nos rodea y cuestionar los valores que la sociedad nos presenta. Es característico de este tipo de personas el no creer todo lo que se escucha por ahí. Desde luego, no es señal de madurez el no creer en nada. La persona madura toma en consideración qué es lo que se dice, quién lo dice y por qué lo dice. Suele poner a prueba los valores que se le ofrecen confrontándolos con los principios ciertos y probados que posee. Referido a este ejercicio de probar y diferenciar lo que conviene de lo que no, leemos en la carta a los hebreos: “El alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal” (Heb 5.14).

Después de transitar por estos diez principios, y considerar a qué llamamos madurez, podemos utilizar estos puntos para juzgar las motivaciones que tenemos como grupo a la hora de tomar decisiones.

Que esto nos ayude a reconocer con el nivel de madurez que estamos transitando para hacer, o no, esto y aquello.

También, tener en claro estos principios, nos ayudará a resolver conflictos del grupo o problemas personales; reconociendo en qué estamos fallando y a qué debemos apuntar.